

DOMINGO XXXIV (T.O.)

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:

Lucas 21, 5-19

Concluimos el año litúrgico con la fiesta de Cristo Rey del Universo.

Con este domingo de Cristo Rey concluimos el ciclo Litúrgico. El próximo domingo comenzaremos el Tiempo de Adviento, con el que nos preparamos para celebrar el misterio de la Navidad.

Un rey clavado en la cruz

Hoy celebramos la fiesta de Cristo Rey del Universo. Reconocemos a Cristo como Señor de nuestras vidas, pues eso significa esta fiesta de Cristo Rey. Lo primero que nos sorprende es que la Iglesia elija el evangelio que hemos leído para celebrar la Fiesta de Cristo Rey. Ya de entrada vemos que el nuestro es un rey distinto a los reyes de este mundo. El nuestro es un Rey clavado en una cruz. Esto estamos acostumbrados a verlo y oírlo, pero pensado detenidamente y en frío, es una locura, un escándalo.

El “salón del trono” y el panorama que desde él se contempla

El Evangelio nos presenta a Jesús en el “salón del trono”: el Calvario. Tiene por trono la cruz de un condenado a muerte, por corona una de espinas, por cetro los clavos que le sujetan a la cruz.

Y el panorama ya se ve: **Las autoridades y el pueblo** que hacen muecas diciendo: “*a otros ha salvado, que se salve a sí mismo si es el Mesías de Dios*”. **Los soldados** burlándose, dándole a beber vinagre y diciendo “*si tú eres el rey de los judíos, sálvate tú mismo*”. **Uno de los ladrones**, crucificado con Él, insultándolo y diciendo: “*¿No eres el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros*”. **El mismo letrado de la Cruz**, que pone la razón de la sentencia: “*Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*”, suena a burla.

Uno que supo mirar de otro modo

Pero hay otro personaje en la escena del Evangelio: el llamado **BUEN LADRÓN**. Él, un condenado por ladrón, es capaz de reconocer al Envidado de Dios, al **Rey del Universo**, en aquel compañero de condena que muere a su lado. En ese Jesús, sentenciado, ajusticiado, objeto de burlas y humillaciones, ahí es donde el buen ladrón descubre al **Rey del Universo**. Reconoce que en Jesús, que muere por amor, que se humilla hasta morir, está la verdadera realeza. Y le solicita que se acuerde de él en su Reino. Ese hombre encontró el agua viva, la luz del mundo, el camino, la puerta, la verdad, la vida... la felicidad. Esa felicidad que todos buscamos. **“Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso”**. Ese hombre es un buen modelo. Nos enseña a mirar hacia ese Cristo con ojos profundos, inspirados por el Espíritu de Dios.

Sólo con la luz del Espíritu podemos decir Jesús es el Señor, nuestro Rey.



¿Es posible aceptar a este Jesús humillado, abatido, crucificado y muerto, como el único capaz de llevarnos a la felicidad, a la vida... al paraíso? ¿Es posible reconocer su realeza, descubrir en Él a Dios? No es fácil, es humanamente imposible. Sólo con la fuerza de su Espíritu podemos decir ¡Jesús es el Señor! A los primeros cristianos les costó asimilar este Dios, este Rey que presentaba su máximo esplendor clavado en una cruz. San Pablo tendrá que recordar que "predicamos un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura" (1Cor 1, 23).

Miembros de su Reino

Ser cristiano es reconocer a Dios en ese hombre que muere por los demás, es abrir espacio en nuestra existencia para que Cristo Rey reine en nuestra vida, lo cual implica situarnos en la onda de su voluntad, que es precisamente el reinado del amor, la justicia y la paz, y poner en práctica, en nuestro comportamiento diario, lo que decimos en el Padrenuestro: *venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*